



Palabras que te muerdan los ojos

RAÚL SERRANO

*¡Y tú, Poesía sola, hecha de mente,
de ladrillo y de persona!*

*César Dávila Andrade,
“Meditaciones en el día del exilio”*

113

La escritura en María Jesús Mena no solo que es una necesidad, es un destino impostergable. Los textos que integran su primer libro, *Poemas ciegos* (Madrid 2020, 2ª. ed.), no solo que dan cuenta de ello, sino que nos ponen en evidencia ante esta condena. Una condena de la que la autora sale muy bien librada entre uno y otro texto. Pues la suya es una escritura que busca, desde lo coloquial, indagar y penetrar en los meandros de todo lo que es el paisaje de la ciudad que habita, y que siempre es la no-ciudad en la que ha sabido ponerse en desacuerdo con algunos asuntos de la vida. Esa no-ciudad es la que reconstruye, reinventa entre los versos de la sección “Calles”: un tejido de momentos, ausencias, fracasos, cuerpos, horas

y errores. Ese fondo con una ciudad fugitiva, es el que Mena reconstruye de manera tersa e intensa en versos en los que va configurando una poética de lo cotidiano, en la que la suma de los desencuentros, las rupturas, los vacíos, y todos esos fantasmas que la soledad o la saudade, como tan deslumbrantemente la definieron los portugueses, se va convirtiendo en una especie de proyección de imágenes en las que todo es una película que da cuenta de lo que las palabras son capaces de escamotearle a la memoria que se nos presenta como un juego de múltiples trampas:

*A veces vuelvo a esos lugares que compartimos
y a esos otros míos que me hubiera gustado transitar contigo,
de puntillas, como si fuera algo furtivo y nuestro,
aunque sé que existían solo para mí,
porque nunca llegamos a habitarlos juntos.
Olián a incertidumbres, miedos, futuro y selvas ("Las horas").*

Esos lugares compartidos solo son legítimos y reales en la trama que urde el poema desde su supuesta ceguera. Esas "horas" que registran de manera siempre aleatoria lo que es la intensidad de una historia entre amantes que habitaron una pasión que se fue disgregando conforme se corroyó la vida con sus amenazas y malas costumbres; negación a lo que esa pasión podía poner en riesgo y que se encargó de convertir en un "adiós" como "lo único que entre tú y yo siempre fue cierto".

Los rituales del amor y sus derivados como el desamor, el olvido y las rupturas, le son caros a María Jesús Mena; tópicos que resuelve de manera acertada, sin renunciar a las exigencias del discurso poético. Sus textos dan cuenta de manera fresca, con un lenguaje que combina adecuada y estratégicamente lo que son los dominios de aquel alfabeto que se va esparciendo, siempre contaminando, de lo que son los sucesos, esa especie de trama que de tanto ser cotidiana corre el riesgo de invisibilizarse. La poesía de Mena irrumpe como una cámara indiscreta, de ahí la plasticidad de su lenguaje en ese mundo plagado de fragilidades para no solo visibilizarlas, sino para traerlas e integrarlas a los espejos en los que todo se puede suponer –incluso una ambigua ceguera–, en lo que todo se puede desdeñar pero asimismo todo, desde las palabras se puede convertir en parte de una memoria en la que reconocerse(nos) no siempre terminara por ser una revelación de la cual nos podamos sentir orgullosos:

*Escribo entre los huecos de la vida,
esa que llevamos todos
medio loca de atar en la mochila,
sin tiempo para nada,
para nadie,
solo para continuar acaso respirando. ("El fracaso")*

Estos versos recrean de manera intensa y elocuente la condición del y la escriba postmoderna (se escribe "entre los huecos de la vida"), así como del sujeto que es parte –¿o víctima?– de los estropicios de la sociedad en la que todo es líquido como diría Zymut Bautman; condición en la que el devenir se reduce a ese "sin tiempo para nada, para nadie", a ese "continuar respirando" que se torna una ironía kafkiana, propia de un orden en el que los sujetos (mujeres-hombres) son piezas que en la medida en que pierdan su alma, su condición humana, la máquina espoliadora del sistema continua celebrando sus logros de vampiros implacables.

Un paisaje tan goyesco al que la palabra de Mena le opone –tal vez es una forma de resistencia– la música desacralizadora, ácida de la poesía. Pues el fracaso que se nos participa en estos versos es quizás ese que siempre terminará por reconstruirnos o resucitarnos en medio del paisaje devastado que puede ser el desamor. El encuentro de los amantes tal vez es la crónica anunciada, secreta y sutil de cómo las criaturas pese a esa guerra cotidiana que es el "tiempo sin tiempo, para nada ni para nadie", pueden esgrimir como una provocación pero también como un escudo; un disparo que convierte ese "continuar respirando" en un acto que el amor, el encuentro furtivo e intenso, siempre al filo de todo y contra todo de los cuerpos, hacen posible convirtiéndolo en un evangelio que se transfigura en carne y verbo en la medida en que se impone como "una caricia envenenada".

Mena, quien durante algunos años ha sido inquilina en varios talleres de escritura creativa de su ciudad de origen, parece recordarnos, luego de explorar las otras secciones de este libro ("Abandonos", "Tránsito" y "Vuelos") que ese lugar cargado de caricias y venenos (a más del cuerpo deseada) es el poema, y que la escritura –ese duelo sin concesiones con las palabras– es parte de una heredad, un legado que a pesar de todo lo que esa vida hostil y contaminada de la postmodernidad

pretende arrebatarnos, en un momento dado se convierte en una trinchera o zona nada confortable para hacer del "respirar" un acto de absoluta confrontación contra lo establecido. De ahí que su redefinición de un concepto como el de patria, que desde las nociones burguesas tiene sus propias paradojas y contradicciones, lo asuma desde el territorio más vital, profundo y legítimo, por tanto el de la sospecha. Una redefinición que desbarajusta los preceptos y mandatos que el poder hegemónico y sus historiadores (así como sus archivos), han manipulado mañosamente, tratando en lo posible de desvirtuarlo en lo que este concepto (el de patria que para Unamuno era de patria) encierra desde su esencia, que como bien apunta el modernista José Martí, es la suma y la convergencia plena de lo humano.

El texto de Mena hurga y desmonta lo que desde la convención (ahora que por patria se quiere imponer un sentido excluyente y condenatorio para el otro) se ha pretendido legitimar lo que, como lugar de origen sin duda tiene una pluralidad de sentidos y paradojas. Si en algún momento el maestro Luis Cernuda, replicando al lisboeta Pessoa, sostenía que la única patria para del poeta era el lenguaje, en este texto esa definición se reformula, se amplía y se pone en entredicho. La patria o patria de Mena es esa que a todos nos permite "renacer en un abrazo de avaricia pleno, / y asilar nuestro abandono en otra patria".

116

En "Los exilios" se plantea un parangón entre dos formas de vivir: la que se da por y desde la escritura y la que se ocupa de los días y agravios del calendario:

*Escribo porque siento esa necesidad,
aunque al hacerlo me arrepienta
una y mil veces de lo escrito
y entonces lo aniquile
o lo entierre por siempre
en la montaña de mi olvido.*

Ante las dudas o las reticencias del acto de la escritura, que se presenta como un desafío imposible de descartar (condena sin excusas), está la vida diaria como esa otra voz, esa otra orilla en la que respirar adquiere características similares; pues, no hay pretexto que permita renunciar (no asumir el riesgo) ante la escritura ante el desafío y odisea de vivir. Estos versos nos lo revelan de manera lúcida y vital:

*Pero siempre corro el riesgo,
no evito transitar la vida,
devorarla, liquidarla entera,
renacer en ella cada noche,
habitarla.*

Esta es una escritura de las grietas y de los resquicios. En esa frontera, María Jesús Mena logra colar voces, sombras, fragmentos de una vida (en esta tesitura es ejemplar el soneto “Narración oral (A mi abuela Juana)”) que es la suya, pero como sucede con los buenos poetas, es a través de esas grietas que las diversas broncas y revanchas con la vida, les permite deslizarse lo que, a su vez, es parte de los resquicios por donde se suman y filtran las vidas (las agonías) del prójimo. Elemento de ese universo, envuelto en una sensualidad que se integra a la música de ese baile al que se invoca e invita a un ausente deletreado en tiempo presente, está recogido en el conmovedor, intenso y logrado texto “Bailemos”:

*Sedúceme y mezclémonos
a ese compás de música tardía
que la vida hace estallar de nuevo.
Regálame la codicia añeja de tu hambre,
que de savia regó frenéticos apegos.*

117

Cerrando la sección “Tránsitos”, está un canto que evoca uno de los momentos más dramáticos que padeció una ciudad como Madrid y toda España. Recuento de esa pesadilla transmitida en vivo que fueron los atentados del 11 de marzo de 2004. Momento en el que, como bien lo anota la poeta, la vida se detuvo para dar paso al desconcierto y el absurdo desbordado, imposible de entender o explicar. “Madrid ardiendo” es un tributo sentido, vital de todo ese ceremonial terrorífico, brutal e inconcebible. Crónica, registro del dolor que anuló y anula todo sentido de lo que se supone es una civilización o la condición humana; crónica de una ciudad “preñada de cuerpos sentenciados,/ borracha entre el dolor y el daño,/ ahorcada en llamas”.

“El vuelo”, es un texto que explora la experiencia de una Beatriz postmoderna en torno a ese descenso a un mundo en el que el encuentro de los cuerpos de los

amantes está mediado por la ruptura con lo que la realidad que se ve obliterada, puesta en cuestionamiento a partir de la magia, la intensidad, el dislocamiento que las palabras convierten en esas alas que le permiten a esa mujer renunciar, romper con aquello (los condicionantes de toda relación) que la sujeta o le coarta su búsqueda de ese cielo que siempre es otro, que siempre es un horizonte en el que todo lo que tenga que ver con lo divino, parte por resignificar lo que de humano en tanto desconcierto, devastación y redescubrimientos es capaz de desconcertarla. Ese encuentro, diálogo en el que el sentido de la libertad, sin rehuir de lo que la hojarasca de la realidad puede encubrir, siempre está mediado por un hambre de independencia que superando cualquier militancia de lo políticamente correcto, logra trascenderla en función de lo que el poema y las palabras provocan y suscitan:

118

*Deja que fluyan las palabras,
que nazcan,
que se revuelquen entre las nubes,
que giman las térmicas
y suban cada vez más alto,
que se abismen a la palabra sedición,
que se enreden al viento
y te muerdan los ojos
y las entrañas, o el alma.
Usa las que creas que más hieren.*

Sucede que María Jesús Mena es obsecuente y consecuente, a lo largo de estos textos que integran Poemas ciegos, a esa invitación; pues estos poemas van a morder los ojos, las entrañas y el alma de quien se decida a entrar en ellos (cada quien asumirá sus riesgos). Además, ha sido fiel a la invocación a usar en cada uno aquellas palabras que más hieren y que son vitales para que el poema, en tanto herida y resurrección, sea parte de ese vuelo que implica el ser y el estar entre uno y otro de estos versos que con su belleza cegadora (lo de “poemas ciegos” es una ironía que cumple como una provocación continua) nos dejan heridos de muerte. Lo que quiere decir, de vida.

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. (Quito, julio 2019-enero 2021)